

## “El impenetrable” chaqueño, deshecho del biopoder

El cuerpo *muselmann* (musulmán, v. *infra*), es un tenue borde entre la vida y la muerte. Es un cuerpo que habiendo sido *verworfen* del pensamiento, excluido de lo simbólico, excluido de la historia, retorna en lo real con el rasgo de la impropiedad.

¿Vale interrogarse sobre ello? No es el significante que retorna en lo real, sino el cuerpo.

No se trata del cuerpo de las psicosis, se trata de cuerpos-vivos, cuerpos-muertos, cuerpos “*muselmann*”; gradaciones en las que la biología, consagrada a una ética (bioética latinoamericana), estableció como una forma nueva de ser en el mundo.

Lo que está en cuestión es el cuerpo expulsado del lenguaje, un cuerpo cuya lógica es la de la impropiedad de lo humano. Se trata de un cuerpo que en su radical y extrema existencia ya no le pertenece al sujeto; pero simultáneamente de un cuerpo con el que el sujeto está plenamente identificado: no lo tiene porque lo es, el sujeto no tiene cuerpo porque es el cuerpo, especialmente cuando es llevado al extremo de la necesidad. Cuerpo que hasta la fecha sólo pudo recibir captura imaginaria en la fotografía, en la TV o en el recuerdo de algún sobreviviente. (Yospe, Jaime, *Genocidio, monoteísmo y escritura*, Buenos Aires, edit. CPN, 2007)

El *muselmann* es un cuerpo sobre el que la misma muerte actúa como velo, un resto vivo irreductible de una operatoria de exterminio en acto, a la manera de lo acontecido en los *lager* nazis. Se transformó en producto de consumo cultural, única salida posible para que algo de lo imposible tuviera circulación.

Desde el momento en que se le dicta sentencia de muerte a un sujeto (en nuestro caso, desde el momento en que el sujeto es confinado en el campo del horror, del abandono, de la desnutrición), hasta el momento de su muerte, durante ese lapso: ¿a quién pertenece el cuerpo del sujeto? En ese tiempo el cuerpo pasa a ser regido por el poder omnímodo del agente aniquilador, lo real, que es el nuevo propietario del cuerpo transformado en residuo como resto de la operación en la que al sujeto se le confiscó la vida. En tal circunstancia la bioética del poder excluye la palabra liberando el cuerpo al “saber” biológico del órgano (Sucasas, Alberto. *La filosofía después del holocausto. Anatomía del lager*). “Es preciso que olvidéis íntegramente vuestro pasado. Ya no sois nada...” (Rousset, *Les jours de notre mort* I, París. Hachette. 1947 en Sucasas, Alberto) Estos cuerpos (y la cultura occidental da suficientes muestras de ellos en la actualidad por ejemplo, las colonias psiquiátricas en la Argentina; algunas de ellas semejan verdaderos campos de concentración.) viven, cuando pueden, inventariando zoológicamente (como decía Primo Levi) la necesidad. “En una boca vacía lo único que se podía masticar era la saliva segregada, recordaba un interno de Dachau.” (Levi, Primo, *Si esto es un hombre*)

Entonces el *muselmann* o musulmán será una boca, un pie, un ojo, etcétera. Un cuerpo identificados con la necesidad.

Un sobreviviente de Auschwitz recordaba que:

“Hubo tiempos en que no se me aparecía ninguna idea, no me acordaba ni de mis hijos ni de mi mujer, ni de mis padres ni de nadie [...] cuando volvía de las piedras las ampollas de los pies me dolían en todo el cuerpo [...]

Algunos ya no sentían nada, los musulmanes [...] los pateábamos, estábamos en camino a eso y mejor era no verlos. Era la enfermedad de la muerte, estaban enfermos de muerte. Se los dejaba morir porque habían dejado de ser humanos. ¿Cómo decir?: no eran [...] sacarles la comida [...]

En algún momento llegué a creer que había perdido el cuerpo. Sólo se obedecían órdenes, una obediencia como la del animal, todos eran movimientos que respondían a la voz [...] Nuestro destino era la muerte, era el horizonte, pero el clima, el dolor, y los que no servían porque morían antes, aplazaban esa idea o ese trámite de visitar la cámara de gas. No podía pensar y mi cuerpo no me respondía, ellos eran los dueños de todo, de mis horas, de mis días, de mi cuerpo y de mi destino.

Era un mundo peleado con la vida [...] Los cadáveres en la fosas, en el borde los musulmanes haciendo cola y entrando, nosotros mirando de cerca nuestro mañana.

Un español y un húngaro me enseñaron a rezar para decir algo por las muertes. En dos meses el húngaro era un esqueleto, un musulmán, era irreversible. Yo quería hacer sobrevivir el cuerpo, casi a cualquier precio, pero no me daba cuenta. El terror era el musulmán. Llegué a pesar trein-

ta y dos kilos”( Notas provenientes de una entrevista efectuada en el año 1973 por Jaime Yospe, op. cit. con el Sr. J. W. sobreviviente de Auschwitz.

Diferentes testimonios de sobrevivientes acuerdan que la denominación de *muselmann* correspondía a aquellos sujetos prisioneros de los campos de concentración, cuyo estado semejaba al de un cadáver ambulante y que, por tal motivo quedaban fuera de toda consideración por parte de sus pares de cautiverio.

“Todos los musulmanes que van al gas tienen la misma historia, o mejor dicho, no tienen historia, han seguido por la pendiente hasta el fondo, naturalmente, como los arroyos que van a dar a la mar. Una vez en el campo, debido a su esencial incapacidad, o por desgracia, o por culpa de cualquier incidente trivial, se han visto arrollados antes de haber podido adaptarse, han sido vencidos antes de empezar, no se ponen a aprender alemán ni a discernir nada en el infernal enredo de leyes y de prohibiciones, sino cuando su cuerpo ya es una ruina, y nada puede salvarlos de la selección o de la muerte por agotamiento.

Su vida es breve pero su número es desmesurado, son ellos los *Muselmanner*, los hundidos, el nervio del campo, ellos la masa anónima, continuamente renovada y siempre idéntica, no hombres que marchan y penan en silencio, apagado en ellos el brillo divino, demasiado vacíos ya para sufrir verdaderamente. Se duda en llamar muerte a su muerte, frente a la cual no albergan temor porque están demasiado cansados para comprenderla. Pueblan mi memoria con su presencia sin rostro, y si pudiera encerrar todo el mal de nuestro tiempo en una imagen, escogería esta imagen que me resulta familiar: un hombre demacrado, con la cabeza inclinada y la espalda encorvada, en cuyos ojos no se puede leer ni rastro de pensamiento” (Levi, Primo, *Si esto es un hombre*).

Primo Levi no menciona “El impenetrable”, lo alude.

A estos cuerpos, retornos de lo real, no les cabía un lugar posible en lo simbólico. Eran la expresión de lo extremo del goce nunca jamás alcanzado, su presencia exponía el horror sin límites, sin bordes, de la situación concentracionaria: *Muselmann* era su nombre, *el nombre del goce en Auschwitz y ahora el nombre del goce en “El impenetrable.”*

Hay múltiples interpretaciones que intentan explicar el origen de tal designación, Agambén, Giorgio, en *¿Qué es un campo?*. explica que *muselmann* “[...] remite al significado literal del término árabe *muslim*, que designa a quien se somete incondicionalmente a la voluntad de Dios, y está en la leyenda del presunto fatalismo islámico [...] reposa en que la voluntad de Alá está presente en todo momento, en el más pequeño acontecimiento [...] mientras el musulmán de Auschwitz parece haber perdido, por el contrario, cualquier forma de voluntad [...]” (Agamben, Giorgio). En “El impenetrable” al musulmán se lo designa indígena desnutrido, sometido incondicionalmente a la voluntad del poder.

Es decir, sujeto a la voluntad de goce del poder presente en todo momento y en el más pequeño acontecimiento. El fatalismo es absoluto, el *muselmann*, el desnutrido confinado en el Chaco, no tendrá salida, la muerte no será por disponibilidad sino por aniquilación.

El *muselmann*, el desnutrido del Chaco es sujeto de la no vida y de la no muerte. Constituye el gran experimento biológico de nuestro país. En base a ello el estado podrá en su delirio, teorizar la existencia de sujetos portadores de una “entidad clínica particular”, una enfermedad nutricional endémica de los indígenas.

Es en el tejido de la ética, de la política, de la medicina y de la ideología donde, sin ningún lugar a dudas, se deberá encontrar la etiología del padecimiento de este “testigo integral”, como lo designa Primo Levi, expresión de una infamia acechante e invariable para todos los confinados al arbitrio del vacío de letra.

Agamben (op. cit) cita a Canetti: “[...] el montón de cadáveres es un espectáculo antiguo, en el que los poderosos se han complacido a menudo, pero la visión de los musulmanes ( de los desnutridos del Chaco, agregamos nosotros) es un escenario no soportable para los ojos humanos” “[...] cadáveres ambulantes, muertos vivos, momias, se duda en llamarlos vivos, presencias sin rostro, larvas, al final se confunden los vivos con los muertos.” (Agamben Giorgio) que se convierten a los ojos de los demás en “monstruosas máquinas biológicas”, privadas de conciencia moral y de toda sensibilidad. Aquello que en el *lager* ha hecho que lo humano y lo inhumano

sea algo muy difícil de discernir. Lo inaudito dentro de lo humano, lo no-humano de la humanidad.

Abandonados en el hospital, sin nombre y sin nadie que los reconozca, los desnutridos de “El impenetrable” padecerán del último desprecio a su existencia:

Dice Lacan: “[...] cada vez que encontramos un esqueleto, lo llamamos humano si está en una sepultura. ¿Qué razón puede haber para poner ese resto en un recinto de piedra? Antes que nada, es necesario que todo un orden simbólico haya sido instaurado; que entraña que el hecho de que un señor haya sido el señor Zutano (en el orden social exige que se lo indique en la piedra de las tumbas). El hecho de que se llamara Zutano sobrepasa en sí su existencia vital. Ello no supone creencia alguna en la inmortalidad del alma, sino sencillamente que su nombre nada tiene que ver con su existencia viviente, la sobrepasa y se perpetúa más allá.”

Pero cuando su nombre es borrado y no recibe sepultura según los ritos humanos, ese esqueleto ¿seguirá siendo humano o es puro y simple objeto *a*, resto caído del *corpus* humano, plus-de-goce del discurso del amo, materia prima a reciclar como abono de la tierra en el discurso capitalista? Un sujeto vivo puede morir, si hay muerte habrá cadáver. El desnutrido de “El impenetrable” no es un sujeto vivo, por lo que no podrá morir y por lo tanto no habrá cadáver. Ni vivo, ni muerto, ni cadáver. No hay registro posible.

El desnutrido por olvido, abandono o exclusión será la expresión del mayor rebajamiento, será la puesta en acto de la bioética como ideología del biopoder.

Estas líneas surgieron como efecto de haber presenciado un documental televisivo de actualidad (Canal 2, 19 hs., día 26/05/2008), a raíz de la muerte de varios sujetos (entre doce y quince) por desnutrición, en “El impenetrable” en la provincia del Chaco. A pesar de lo obscuro e irrespetuoso de las imágenes llamadas a recorrer la vía del pensamiento-emoción de los telespectadores, la ignominia presentada por el Canal 2 -cosa no ignorada ni por el poder ni por los capitales sojíferos- hizo que el poder de turno con sus discursos por un lado y los campesinos con los suyos por el otro, aparecieran en su total desfachatez retenidos en sus juegos de poder en tanto convalidan con su accionar la muerte de aquellos ciudadanos abandonados por ellos mismos y velados en sus pujas discursivas, luego de haber recurrido a ellos con sesenta pesos para adquirirles el voto para las elecciones o de haberlos utilizado en estado de esclavitud para otros quehaceres.

El desafío del gobierno que asumió hace varios meses, decía el informe, será brindarles **proximamente**, comida, agua de napas no agotadas, desinfección de insectos y cucarachas, implementar campañas en contra del Chagas (sesenta por ciento de la población infectada) arreglar sanitarios del hospital, etcétera. La palabra clave para el biopoder es **proximamente**, o sea, entretanto que se mueran todos (nuevamente Napalpi). A la semana de haber asumido el nuevo gobierno títere provincial, por la prebendas en juego, debería haber comenzado a salvar vidas. No hay tiempo pues los gobernantes están permanentemente en campaña indecorosa. Parafraseando a alguien de otra época, para un gobernante no hay nada mejor que otro gobernante y más aún si son del mismo partido.